

## PORTUGAL Y LA CAMPAÑA ANTICOLONIALISTA

He seguido con la posible atención la campaña anticolonialista en que se pretendió envolver a Portugal e incluso, para mejor operar la división de las fuerzas adversas, casi solamente a Portugal. En periódicos, manifiestos y discursos, incluyendo los pronunciados en importantes asambleas políticas, no encontré, sin embargo, nada de lo que me interesaba saber, es decir, en qué se cree que consiste el problema y las líneas generales de su solución. En realidad, lo que menos preocupó fué esclarecer las cuestiones, y como la discusión parece haber abandonado el dominio de la inteligencia para intentar crear en ciertas regiones estados emocionales propicios a la subversión, no hay propiamente a quién responder. De esta forma, me surgieron dificultades por no saber cómo redactar y a quién dirigir algunas palabras que, por otra parte, estimaba necesarias.

Recordé que los portugueses de todos los Continentes, allí establecidos o hijos del país, tienen derecho a saber el camino por donde estimamos que debemos conducirnos en las graves circunstancias actuales. Y todos los demás interesados en la contienda quizás puedan también deducir alguna conclusión y evaluar el peso de sus propias responsabilidades, pues no van a suponer que la suerte de millones de hombres, el orden y la paz de su vida, el fruto de su trabajo, los principios de civilización que adoptaron, puedan ser entregados a la vacuidad de los discursos de comicios y a la anarquía de los anunciados movimientos libertadores.

### I

Excepto Etiopía, algunos países del Africa mediterránea y las provincias portuguesas ultramarinas a que más adelante me referiré, podemos decir que, de un modo general, se nos ofrecen en aquel Continente dos

especies de territorios. De sus diversas situaciones y características es que debían surgir las directrices de acuerdo con las cuales podían ser correctamente planteados y resueltos sus problemas. Sujetos todos ellos al trabajo de colonización, encontraremos el rasgo fundamental de diferenciación de esos territorios en la actitud política de los Estados soberanos; o, lo que es lo mismo, en la finalidad de su obra colonizadora.

A veces, ésta habrá consistido solamente en la explotación económica del suelo o del subsuelo, a través de empresas que no exigían la fijación permanente de gentes blancas. Los Estados responsables han declarado o siempre tuvieron el propósito de educar, de elevar a las poblaciones autóctonas hasta que éstas consiguieran la independencia. A este propósito ha debido corresponder una política; y la independencia de los territorios no es sino el reconocimiento de que fué alcanzada la meta ambicionada. Esto ocurre en este momento y ocurrió en los últimos años, tanto en Africa como en Asia.

Si los Estados detentores de la soberanía cometieron cualquier error de apreciación y precipitaron las concesiones que elevaron estos territorios a la categoría de Estados independientes, no he de apreciarlo aquí. Vamos a admitir que vieron bien el problema y procedieron en todas las circunstancias como debían; ni pronto ni tarde. Vamos a admitir que los territorios disponían, o están en vías de disponer, en el momento en que alcanzaron la independencia, de la élite necesaria para orientar la política, dirigir la administración, regentar las finanzas y administrar las empresas económicas. Para que estas soberanías no sean ficticias y estas independencias sean enteramente responsables, en términos de constituirse miembros de la Comunidad internacional y de convivir pacíficamente con los otros Estados, todas aquellas condiciones son indispensables. No es elegante subrayar cualquier deficiencia, y por eso atribuiremos ciertas actitudes, algunos propósitos y amenazas, la pretensión de expansiones imperialistas, a la euforia de espíritus plenamente felices, porque están convencidos de haber descubierto el mundo y estar en posesión de todos los secretos para la conducción de la humanidad.

En general, en estos territorios, hoy o mañana Estados soberanos, para lo cual se dice que vienen siendo preparados desde hace tiempo, pueden no obstante surgir conflictos raciales, incluso de los hombres de color entre sí—tradicional flagelo de Africa antes de la colonización europea—. Como en la hipótesis que estudiamos el blanco es elemento de paso, no fijado ni portador de otro pensamiento político que no sea exactamente el de la reti-

rada o el abandono, no habría razón para que ciertas mutaciones a que hemos asistido suscitasen las violentas explosiones del racismo contra el hombre blanco, creador de los progresos realizados y que se supone ya no es necesario para la evolución económica y social de los territorios. Hay hechos que desmienten estas previsiones; a pesar de eso, este caso es el más sencillo del que nos presenta el Africa negra.

\* \* \*

La cuestión es ciertamente mucho más intrincada cuando los territorios están poblados por blancos y por negros, sobre todo si el blanco ocupó territorios libres, cultivó las tierras, estableció explotaciones agrícolas o industriales, financió las empresas, organizó la administración, mantuvo el orden y la paz. El descubrimiento, la conquista, el trabajo incorporado al suelo, la sucesión de las generaciones, son títulos de legitimidad, contra los cuales la frase explosiva corriente—*Africa es de los africanos*—pretende nada menos que rehacer la historia, sin disponer de fuerza para dar solución al problema. Estos territorios se encuentran bajo la presión del valor de la calidad que es la administración, la dirección del trabajo, la posesión de los medios económicos, y del peso del número por sí solo insuficiente para asegurar el progreso general. Preténdese resolver el problema democráticamente, confiriéndose a un mayor número la dirección total de la Comunidad. Debemos tener el valor de afirmar que estos casos no tienen solución posible—digo solución pacífica, equitativa, progresiva—dentro de las ideas corrientes; no tienen solución ninguna en el cuadro del racismo negro ni en el del racismo blanco. El único camino sería adoptar la fórmula de sociedades plurirraciales en que las razas se mezclasen o conviviesen, perteneciendo la dirección y el mando a los más hábiles y mejores; pero este proceso no siempre es espontáneo y no puede, en cualquier caso, prescindir de la tutela y guía de la soberanía tradicional.

A través de las nubes de polvo que levanta la campaña anticolonialista, no se ve bien, ni se comprende el drama de las sociedades de este tipo, como, entre otras, Argelia, las Rodesias, el Africa del Sur. Cuando veo ciegos ataques desencadenados contra las soberanías responsables y contra las decisiones naturalmente vacilantes, e incluso contradictorias, de sus Gobiernos, en vez de muestras de comprensión y de ayudarse con paciencia a vencer las dificultades, me inclino a pensar que la razón y la justicia se han sacrificado a ideologías sin base y a pasiones instintivas; o que hay

otros intereses en juego que no son propiamente ni los intereses de los negros ni los intereses de los blancos que con ellos conviven.

\* \* \*

Todos los territorios africanos, de una u otra composición demográfica, tal vez, con excepción de Africa del Sur, se consideran corrientemente subdesarrollados. Acerca de las posibilidades de progreso económico y social, andan en el aire muchas ilusiones y hay esperanzas que quizás nunca se conviertan en realidad, dadas las características del Continente africano. Pero de cualquier manera, incluso en los territorios más avanzados por obra y gracia de los blancos, hay largos caminos que recorrer todavía en cuanto a sanidad, educación, producción de riquezas, empleos, nivel de vida de las poblaciones. Este trabajo ciclópeo e ingrato exigirá amplios espacios de tiempo, y además de tiempo, capitales, técnica, dirección administrativa. ¿Quién los proporciona?

Los territorios de que me ocupo no producen capitales suficientes para su creciente valoración, no disponen de técnicos bastantes ni de la dirección necesaria. Los problemas raciales que están siendo avivados y suscitados, incluso donde no existen, suponen la inutilización de los valores de organización y de financiamiento que el blanco representa. Entonces se formulan sugerencias, unas osadas e imposibles, otras ingenuas e ineficaces. para que el vacío producido se llene, de cualquier forma, en hombres y en dinero.

La necesidad de realizar esta tarea es evidente; pero más urgente será la de planear, en armonía con las necesidades de la población y las directrices y exigencias de la economía mundial, el conjunto del trabajo en los territorios. Y veremos entonces surgir, en alguna parte, la sede de estos cerebros, la central de esos técnicos, la banca de esa finanza, extraños a los territorios, pero encargados de ocuparse de ellos, con lo que habremos inventado una nueva forma de colonialismo: el colonialismo internacional. Tenemos ejemplos a la vista.

En cuanto a los capitales necesarios, el problema puede reducirse a saber si se camina en el sentido del subsidio gratuito o en el sentido del capitalismo. Las personas que tienen alguna experiencia de gobierno saben que incluso en las naciones de más antigua estructura, las muestras de solidaridad de la población pueden revelarse con exuberancia, incluso con entusiasmo, pero siempre accidentalmente; no es esa la forma normal de

ayudarnos los unos a los otros. La intervención de la autoridad es la que señala las rutas, define las necesidades y distribuye los sacrificios. Pero en la sociedad internacional, no sólo estamos mucho más lejos de los sentimientos de cohesión fraterna, sino que no existe una organización que disponga de autoridad para imponer a todos su contribución.

Quiero significar que el subsidio gratuito, incluso con carácter y fin político, será siempre insuficiente y que sólo la inversión de carácter capitalista, más o menos interesada, permitirá resolver las dificultades. Pero sea esta inversión privada, o sea pública o estatal, de parte de quién la suministra o de quién la utiliza, exigirá, además de orden y trabajo en las poblaciones locales, las garantías mínimas que sólo una soberanía responsable puede asegurar. Y toda la dificultad estará aquí: la necesidad de una soberanía responsable, ejercida por un Estado debidamente organizado. Ahora bien, es dudoso que esto puedan conseguirlo, en medio de tribus desavenidas, los regímenes importados de Europa o de América.

Que para huir de la posible influencia política ejercida por vía financiera, se quieran adoptar métodos de financiamiento confiados a las Naciones Unidas o a otros Organismos apolíticos, si los hay en este mundo, es indiferente, porque en la situación actual no se podrán obtener capitales sin la seguridad de que serán aplicados reproductivamente y no se sumirán en la vorágine de las poblaciones en desorden y de las actividades anarquizadas. No se conocen fuentes de rendimiento, públicas o privadas, capaces de soportar tales despilfarros.

Hemos de concluir que esa ola de racismo, lleno de odio que se levanta contra el blanco en Africa, que mañana también será contra el amarillo, no es moral, pero, sobre todo, no es inteligente; el abandono precipitado, de muchos territorios por parte de las potencias europeas, se me figura más un crimen contra el negro que se pretende elevar, que contra el blanco, incluso amenazado de expulsión y despojado de todos sus bienes.

\* \* \*

¿Es que no hay otra alternativa? Sí; y comienzan a despuntar ejemplos. Una economía de Estado puede iniciar la producción y el comercio exterior, apropiándose gratuitamente de todos los medios al servicio de la economía privada. Esta no se desenvolverá más en los términos anteriores, pero la ruptura de la estructura económica y social existentes, la negación violenta del derecho de propiedad y la formación de una economía socia-

lista, son suficientes para definir la política del Estado y atraerle los apoyos necesarios para el desenvolvimiento ulterior. Para compensar la falta de capitales o la baja productividad del trabajo, será condición esencial la movilización de la mano de obra existente y, además, otras prestaciones. Pero la independencia continuará siendo la libertad del territorio y es compatible con la esclavitud de los individuos. Hay quien no cree en el comunismo en Africa. Pues bien, entrará por muchos medios, y uno los medios es éste.

\* \* \*

¿Es que la campaña anticolonialista desconoce estos hechos y las dificultades y las consecuencias de la política seguida? Me permito expresar, a este respecto, mis mayores dudas. En la campaña concurren dos fuerzas, no forzosamente solidarias, excepto en su objetivo final. El comunismo, en su lucha contra Occidente, previó, estudió, montó, toda la máquina con que espera debilitarlo o vencerlo, desintegrando Africa y sustrayéndola a su dirección e influencia. No le importan otras consecuencias, exactamente porque sobre el caos construirá mejor.

Por otra parte, aquí y allá, pequeñas pero activas minorías, agitando a las masas, parecen esforzarse por dar una Patria a pueblos que no la tienen; pero los nuevos nacionalismos, al abandonar las antiguas dependencias corren tras una esperanza vana—la de que, siendo del mismo color, pueden apoyarse mutuamente o entenderse mejor—. ¡Qué ilusión! Los intereses no tienen el mismo color que los hombres. La solidaridad que se revela en el actual frente de ataque, no es una solidaridad de fondo; se empeña en la destrucción de las actuales estructuras, pero es incapaz de construir otras nuevas. La unidad de Africa es afirmación gratuita que la Geografía y la Sociología desmienten. Y, al contrario de lo que aconteció en América, Europa no tuvo tiempo de definir más racionalmente fronteras, pacificar definitivamente razas y tribus, formar naciones que fuesen verdaderos soportes de Estados. ¿Quiénes serán entonces los futuros organizadores? Hagamos una pregunta más directa: ¿quiénes serán los futuros colonizadores? Esta es la incógnita que pesa sobre gran parte de Africa.

## II

Para nosotros, nación compuesta—euroafricana y euroasiática—, las consideraciones hechas anteriormente no tienen más que un interés especula-

tivo; es posible que del movimiento actual se deriven consecuencias graves, y tal vez, que nos planteen problemas de soberanía y de vecindad. Mirémoslos, por ello, a nosotros mismos, para averiguar desde qué ángulo habremos de enfrentarlos.

Cuando la nación portuguesa se fué estructurando y extendiendo por los otros Continentes, en general por espacios libres o desaprovechados, llevó consigo y pretendió imprimir a los pueblos con quien entró en contacto, conceptos muy diversos de los que más tarde caracterizaron otras formas de colonización. A las poblaciones que no habían alcanzado la noción de patria se les ofreció una; a los que se dispersaban y no se entendían en sus dialectos se les ofrecía una forma superior de expresión: la lengua; a los que se desangraban en luchas mortíferas, se les aseguraba la paz; los estadios inferiores de pobreza serían progresivamente vencidos por el propio orden y por la organización de la economía, sin desarticular su forma peculiar de vida. La idea de superioridad racial no es nuestra. La de la fraternidad humana sí lo es; así como la de la igualdad ante la Ley, partiendo de la igualdad de méritos como es propio de las sociedades progresivas.

En todos esos territorios la mezcla de poblaciones auxiliaba al proceso de formación de una sociedad plurirracial; pero lo más importante, lo verdaderamente esencial, estaba en el espíritu de convivencia familiar con los elementos locales; en las posibilidades reconocidas de acceso en la vida económica y social; en los principios de una cultura más avanzada y de una moral superior que, incluso cuando era violada, era regla de conducta pública y privada. Si a través de estos medios, de acción forzosamente lenta, conseguía formarse una Comunidad con cierto grado de cohesión, puede decirse que la tarea estaba definida: la independencia y la igualdad de los pueblos integrados, con sus territorios, en una unidad nacional.

Más de trescientos años trabajamos en el Brasil, inspirados por el mismo ideal, y lo que allí puede observarse es verdaderamente extraordinario: el Brasil tiene las puertas abiertas para las gentes de casi todo el mundo, funde la variedad de sus elementos demográficos; la absorbe, la asimila, y no disminuye en lusitanidad. Entre los países para cuya formación contribuyeron razas diferentes, ninguno como él presenta tan completa ausencia de rasgos racistas en la Legislación, en la organización política, en la conducta social. Es la mayor experiencia moderna de una sociedad plurirracial; y, al mismo tiempo, un ejemplo magnífico de trasposición

de la civilización occidental a los trópicos y al Continente americano. Pacífico, estable, dinámicamente progresivo, el Brasil, al gloriarse de sus creaciones propias, no tiene que maldecir sus orígenes ni renegar de su Patria.

La sociedad plurirracial es, por lo tanto, posible, así de origen luso-americano, como de base luso-asiática, según se ve en Goa; o luso-africana, en Angola y Mozambique. Nada hay, nada ha habido, que nos lleve a una conclusión contraria. Simplemente, esa sociedad excluye toda manifestación de racismo—blanco, negro o amarillo—, y exige una larga evolución y un trabajo de siglos, dentro de los principios que constituyen la base de la población portuguesa. Mal andaríamos ahora innovando prácticas, sentimientos, conceptos diversos, de los que fueron el secreto de la obra realizada y son todavía la mejor salvaguarda del futuro.

Estamos en Africa hace cuatrocientos años; lo que es algo más que haber llegado ayer. Llevamos una doctrina, que es muy diferente de ser llevados por un interés. Estamos allí con una política que la autoridad va ejecutando y defendiendo; lo que es distinto que abandonar a los llamados «vientos de la historia» los destinos humanos. Podemos admitir que a muchos les cueste comprender una actitud tan extraña y diversa de la usual; pero no podemos sacrificar a esa dificultad de comprensión poblaciones portuguesas cuyos intereses en la comunidad nacional consideramos sagrados.

Es posible que se encuentren muchas deficiencias en nuestro trabajo; y somos nosotros los primeros en lamentar que la limitación de los recursos no nos haya permitido ir más allá. Especialmente en las comunicaciones, en la divulgación de la instrucción, en la organización sanitaria, tenemos ante nosotros largos caminos que recorrer. Pero lo mismo en esos, como en otros muchos aspectos, cuando nos comparamos, no tenemos de qué avergonzarnos. Nuestras ciudades y pueblos, nuestros ferrocarriles, los puertos, los aprovechamientos hidroeléctricos, la preparación y distribución de tierras irrigadas por blancos y negros, la explotación de las riquezas del subsuelo, las instalaciones de los servicios tienen su mérito. Pero el ambiente de seguridad, de paz y de fraternal convivencia entre los muy diversos elementos de la población—caso único en el Africa de hoy—es la mayor obra; porque la otra, cualquiera podía haberla hecho con dinero, y ésta no.

El trato familiar de sucesivas generaciones fué forjando y consolidando la unidad vislumbrada en los comienzos. Por eso, esta unidad no es una ficción política o jurídica, sino una realidad social e histórica traducida



en las Constituciones; y alza muy serios obstáculos a los que piensan dedicarse ahora a la tarea de emancipar el Africa portuguesa. Vienen tarde: ya está. Es que esa unidad no admite enajenaciones, cesiones o abandonos: las figuras jurídicas del plebiscito, del referéndum, de la autodeterminación, tampoco cuadran a su estructura.

A los inclinados a suponer que teorizamos; oponemos las espontáneas y vibrantes reacciones de la conciencia nacional al presentir el más leve peligro. Aquí y en el Ultramar, en territorio nacional o extranjero, el portugués de cualquier color o raza siente esa unidad tan vivamente que toma las discusiones como amenazas y las amenazas como golpes que le hieren en la carne. De modo que no hay más que hacer que proclamarla a todos los vientos y, en la medida de lo posible, vigilarla en todas las fronteras.

Además, la ligereza con que hemos visto hablar a unos, callarse a otros, sobre problemas de esta trascendencia—el destino de millones de seres humanos—me hace creer que aún no fué debidamente apreciada la gravedad de las posibles implicaciones de tan grandes desvaríos. En el dominio del Derecho Internacional, de las realidades prácticas, de las relaciones convencionales y de los intereses en juego, hay, además, por lo que nos respecta, mucha materia para esclarecer en el debate.

\* \* \*

Los aspectos a que vengo refiriéndome acerca de la unidad de la nación en la pluralidad de sus territorios, importan la unidad de dirección política, con la colaboración de todos, pero nada tienen que ver con ciertos problemas que sólo se refieren a la organización administrativa y a la mayor o menor descentralización y autonomía, problema acerca del cual veo muchas personas que se manifiestan profundamente interesadas. No se trata, para mí, de cuestión de principio, sino, sobre todo, de posibilidades.

En las últimas décadas, la economía del Ultramar, especialmente en Goa y en las provincias de Angola y Mozambique, ha adquirido gran desenvolvimiento y al par del avance económico y de los progresos de la instrucción va surgiendo una élite cada vez más numerosa de personas aptas para la administración de los territorios. Es, además, fenómeno natural la tendencia a la ampliación de funciones en correlación con el aumento de las necesidades y los medios de que se dispone. Por otro lado, la amplitud de los territorios y hasta las distancias que los separan, al

mismo tiempo que las particularidades de algunos de sus problemas, han de ir imponiendo que más vastos sectores de la Administración sean confiados a los órganos locales, con lo que puede ganarse en tiempo y hasta, teóricamente al menos, en la justa apreciación de las circunstancias de lugar; entretanto, nada puede eximir la competencia de amplias élites con que los servicios se enriquezcan. Un único punto me parece que contraría el espíritu de unidad: sería pensar en una especie de exclusividad o privilegio que negase a un portugués el derecho de trabajar o de servir en cualquier fracción del territorio, según sus aptitudes. ¿No tenemos goeses y mozambicanos en Lisboa? ¿Europeos y caboverdianos en Guinea? Angolanos y gentes de Guinea en Mozambique? ¿Mozambicanos en Timor? Pues, asimismo, pienso que deberá continuar siempre.

El Gobierno tiene el espíritu abierto a todas las modificaciones de la estructura administrativa, menos a las que puedan referirse a la unidad de la nación y al interés general.

### III

Hemos de decir una palabra acerca del cuadro en el que se viene desenvolviendo la campaña contra Portugal y sus territorios ultramarinos. Esta fue, por así decir, oficializada en las Naciones Unidas, pero dispone, fuera de ellas, de sus órganos de divulgación y de acción subversiva.

Se me figura que las Naciones Unidas se encuentran en un paso crucial de su vida, no porque hayan avanzado en el sentido de la universalidad —fueron creadas para albergar en su seno todos los Estados independientes—, sino porque se van apartando del espíritu que presidió su creación, al mismo tiempo que sustituyen los métodos de trabajo. Es visible la tendencia a convertirse en Parlamento Internacional, para lo que, incluso, no faltan sesiones tempestuosas, partidos ideológicos y raciales, componendas de pasillos. Para que se completase la solución que algunos desean, sería necesario, sin embargo, sobreponerle un poder ejecutivo responsable de la confianza de la Asamblea, lo que ofrece dificultades en la medida en que los Estados Unidos no se dispongan a costear la política aventurera de algunos nuevos Estados, o Rusia no esté resuelta a trabajar con un Parlamento que no sea enteramente suyo; y ese no es aún el caso. Incluso sin gobierno y sin capacidad de imponer normas obligatorias para los Estados miembros, ese parlamento puede crear—está ya creando—a través de sus

tribunas y de la resonancia que dan a las afirmaciones allí producidas, olas de agitación, ambientes subversivos, estados de espíritu que funcionan como medios de presión sobre las naciones extrañas a los grandes clanes de la Asamblea. Y habiendo sido instituidas para la paz, ya se oyen allí, en demasía, voces que no la presagian.

Muchos Estados recién llegados a las Naciones Unidas se muestran convencidos de que sólo allí pueden tener apoyo y defensa. El resultado es que, junto a esa convicción, la deficiencia natural de sus representaciones diplomáticas, la vía bilateral para la solución de los problemas va siendo abandonada y es fatal, en las Comisiones y en la Asamblea, la tendencia a la internacionalización de todas las cuestiones y conflictos, incluso aquellos que en nada interesan al resto del mundo.

La distancia que va del derecho de voto a la capacidad de decisión o de una mayoría votante a la fuerza efectiva de las naciones, hace que suenen un poco a falso los grandes anatemas, pero no anula su peligro. Revela, en todo caso, un desequilibrio que, o desaparecerá, o de alguna otra forma habrá de ser compensado.

Para mí, sin el don de la profecía, el carácter parlamentarista, excesivamente intervencionista e internacionalizante de las Naciones Unidas, marcará el próximo futuro hasta una crisis grave que las pondrá a prueba. Hemos de tenerlo presente, visto que no nos disponemos a aceptar la intervención abusiva de terceros en nuestra vida interna.

Todos nuestros territorios están abiertos a la observación de quien quiera que sea y el Gobierno y servicios publican datos suficientes para saberse en cada momento cómo marcha la Administración. La posición que hemos tomado, y mantendremos, no viene, pues, de que pretendamos ocultar sea lo que fuere, sino de que nos es imposible aceptar para nuestras provincias ultramarinas que forman parte de la nación, situación equivalente a la de territorios tutelados por la O. N. U. y destinados a subsecuente secesión, así como rendir cuentas allí, de cómo los portugueses entienden que deben gobernarse en su propia casa. Es ilegítimo por parte de las Naciones Unidas resolver discriminatoriamente contra Portugal; la Asamblea General no tiene competencia para declarar no autónomos territorios de cualquier potencia. Esta es la interpretación jurídicamente correcta y que siempre fué dada a los principios de la Carta. En estos términos fuimos admitidos y, si otra fuese la interpretación de los textos, es cierto que no nos habríamos presentado para formar parte de la Organización.

\* \* \*

Cualquier persona de buena fe puede comprobar que existen paz y entera tranquilidad en nuestros territorios ultramarinos, sin el empleo de la fuerza y sólo por el hábito de la convivencia pacífica. Pero fuera de ellos, en el Congo, en Guinea, en Ghana y en algunos otros, no hablando ya de los países comunistas o bajo de su dirección, sabemos que se organizan Comités, Ligas, partidos contra la unidad portuguesa, al mismo tiempo que en emisiones radiofónicas de varias partes y sirviéndoles de apoyo, intentan perturbar al vivir de nuestra gente. Estos agitadores disponen, a lo que parece, de fondos importantes y de protecciones especiales, y con unos y otras, se publican aún manifiestos y pequeños periódicos para explotación de la credulidad pública. La gente es poca pero se multiplica para parecer mucha, mudando de nombre; en todo caso, se presenta incluso en capitales cualificadas y consigue poner pie en la prensa de categoría mundial y considerada responsable. Este punto es digno de atención, tanto más cuanto que a esa gran prensa le era fácil informarse localmente de la verdad de los hechos.

Las cosas cambiaron mucho y cambiaron mucho en poco tiempo. Había antes cierto número de reglas que ordenaban la conducta de los Estados y, en cierto modo, condicionaban su ambición en la Comunidad Internacional. Era admisible conceder asilo a políticos en desgracia, pero no se admitía organizar bandas de guerrilleros para intervenir en territorio ajeno, alimentar programas de difamación, financiar la sublevación de poblaciones pacíficas, proporcionar armamento, preparar científicamente revolucionarios. Pues todo se hace hoy y se pregona con la altiva seguridad de estar sirviendo grandes causas, al mismo tiempo que se tiene como norma sagrada la buena vecindad y la no intervención en los negocios internos de los Estados. Se está abusando de la hipocresía y del cinismo; con ellos desaparece en la sociedad internacional el mínimo de confianza y de respeto mutuo, indispensable a la vida. Pero es ésta la vida que vamos a vivir algunos años.

¿Cómo vamos a proceder?

La unidad nacional, cimentada en la fidelidad amiga y la convivencia de los pueblos extendidos por las varias provincias de Portugal, es la base indispensable—la única verdaderamente eficiente—de nuestra defensa. La conciencia de esa unidad ha de ser el más fuerte escudo contra la acción de las propagandas externas, pero no constituye, sólo por sí, toda la defensa. Esta hemos de organizarla—la hemos venido organizando—en los

planos correspondientes a la multiplicidad de métodos empleados contra nosotros.

Entretanto, hemos de continuar nuestra vida, ejecutar nuestros programas, promover nuestras empresas, tan firmemente, tan serenamente como si no fuese ya escándalo para el mundo la pretensión de que continuemos defendiendo lo que muchos ven amenazado y algunos juzgan, incluso, perdido en la estela de acontecimientos recientes que además se desarrollaron en líneas muy diversas. No veo que pueda haber descanso para nuestro trabajo ni otra preocupación que la de asegurar con una de las manos el arado y con otra la espada, como durante siglos practicaron nuestros mayores. Esta nueva tarea, cuyo peso ni siquiera podemos valorar, es un desafío lanzado a la generación presente y va a ser una de las mayores pruebas de nuestra Historia. Es preciso tener el espíritu preparado para ella; nos exigirá grandes sacrificios, la más absoluta dedicación y, si es necesario, también la sangre de nuestras venas, como ya ocurrió en Goa y en otras partes. Este es nuestro sino, esto es, la misión de nuestra vida, que no hay que maldecir, sino bendecir por su elevación y nobleza.

De aquí a pocos años—¿dos, tres, cuatro?—una de estas dos cosas se observará en Africa: el progreso paralizado en muchas de sus extensiones, con la total ruina de las economías, la degradación de las poblaciones y el horror de las luchas intestinas; o bien, tentativas ó experiencias de colonialismo internacional, irresponsable y, sólo por eso, inhumano, ante el cual el negro, diplomado o no, será sólo una unidad estadística. Entonces, muchos de los que en el alborozo del momento exigen la emancipación de los territorios portugueses, sin otra ventaja que desintegrarlos de la Madre Patria y, con ello, disminuir la resistencia de la Península, pensarán que prestamos gran servicio a la Humanidad con nuestro ejemplo y a las poblaciones ultramarinas de todas las creencias y colores, con haberlas defendido y salvado de nuevas formas de esclavitud.

#### IV

Hace ya mucho tiempo que abandoné la controversia con la Unión Indiana, a propósito de Goa. Me pareció que nos disminuía este como diálogo de sordos y que nada se adelantaba al repetir indefinidamente las mismas objeciones y las mismas pretensiones.

El Primer Ministro de la Unión Indiana es, al mismo tiempo que figura internacional de gran relieve, jefe de Partido y de una mayoría parlamentaria. Inventó la cuestión de Goa, que no existía; multiplicó después los medios con que obtener satisfacción a sus ambiciones, y no fué feliz. Por tanto, se vió obligado en cada momento, en la prensa y en las cámaras, a dar explicaciones, a reiterar promesas, a alimentar el fuego sagrado.

Su tesis básica es que la geografía dicta el derecho político, crea, define y autentifica la soberanía. Es evidente que nuestro Estado de la India pertenece geográficamente al Indostán, pero si por ese hecho debiese formar parte de la Unión Indiana, otros Estados actualmente independientes estarían condenados a ser absorbidos por ella. En cierto momento, China adoptó la doctrina, aplicándola, a lo que parece, a las regiones indianas del Himalaya; pero Cachemira continúa privada de integrarse, como es su voluntad, en el Paquistán, con cierto escándalo mundial. Esto significa que la doctrina del Primer Ministro no es segura ni domina todos los casos y que para cada interés ha de formular una tesis que lo proteja o sirva de base a sus reivindicaciones. Es evidente que la situación creada no prestigia a una nación como la India ni a sus más altos dirigentes.

Comprobamos entonces que la Unión Indiana, para rehacer su prestigio dañado, tomó apasionadamente en la O. N. U. la jefatura de la oposición afroasiática contra Portugal, con la esperanza de que multiplicando las dificultades a través de los diversos territorios portugueses, podría obtener mayores facilidades en sus pretensiones respecto a Goa. Y no sólo en cuanto a Goa, sino en cuanto al Este africano, en que tiene puestos los ojos. Y quiere también entregar Macao a China y el Timor portugués a la República de Indonesia, que más de una vez ha afirmado que no le pertenece. Entre tanto, fué para nosotros una gran satisfacción comprobar que las decenas de millares de goeses de Quenia, a pesar de las propagandas y presiones de agentes indios y a pesar de la situación delicada en tierra extraña, aún hace pocas semanas, mostraron, en la inauguración del Fuerte de Jesús, en Mombasa, y de la estatua de Vasco de Gama, en Melinde, con la presencia de nuestro Ministro de la Presidencia, cómo era vivo, profundo y sincero su portuguesismo.

Respetamos como gran potencia asiática a la Unión indiana y, al pretender mantener relaciones de buena vecindad, no cumplimos sino nuestro deber. No hacemos propaganda ni de las revueltas, ni de las hambres, ni de las epidemias, ni de las víctimas de todas las insuficiencias. Tenemos obligación de creer que el Gobierno hace los máximos esfuerzos por no

dejar morir de hambre a su pueblo, por elevarle el nivel de vida, por disminuir las diferencias sociales. Pero no nos parece bien—y es, sobre todo, contra la justicia—que la Unión indiana pretenda ‘disminuir, comparándose en conjunto con nuestro Estado de la India, la civilización luso-india que allí se respira. Y es sobre todo molesto que los gobernantes de la Unión Indiana declaren que no reconocen los derechos históricos de Portugal, o los consideren caducos por su misma antigüedad; no respeten la voluntad expresa de la población, para insistir en anexiones o integraciones de los territorios ajenos. Y es chocante, sobre todo, la dificultad que, según propia confesión, sienten para comprender bien el alcance de la sentencia del Tribunal Internacional de Justicia, sobre el derecho de tránsito para Dradá y Nagar-Aveli, sentencia que, habiendo sido emitida a nuestro favor, hemos de saber ahora cómo se ejecutará. Porque puesto que estamos convencidos de que la Comunidad Internacional necesita desenvolverse en términos de derecho y no en términos de fuerza, es nuestra obligación hacer todo para que así sea.

Goa es una pequeña joya que no interesa a la Unión indiana por su extensión y sólo nos interesa a nosotros por el mandato de la Historia y a todo el Occidente por lo que representa de una idea de confraternización o de convivencia mundial que allí implantamos, que de allí irradió y que, mucho después de nosotros, otros piensan haberlo inventado y desean imponerla. He aquí por qué, si fué infeliz crear la cuestión, mucho más infeliz sería crear un conflicto, visto que no podemos negociar ni podemos transigir.

\* \* \*

Pienso que he expuesto los datos esenciales de los problemas suscitados por la campaña anticolonialista y demostrado que de ellos no se pueden deducir, en cuanto a nosotros, conclusiones diversas a las que el Gobierno llegó. En pequeñas cosas de pormenores, es muy posible que no estemos todos de acuerdo; pero, exactamente porque son pormenores y de pequeña importancia, no vale la pena que hagamos con ellas controversia y mucho menos campos de batalla. Lo que más nos importa es mostrar en actos la unidad que es real en el fondo de las conciencias, porque de fuera no veo sino ojos puestos en disidencias o desuniones posibles; éstas facilitarían juegos de intereses que pienso no son los de la Comunidad portuguesa.

Lejos de nosotros, porque se encuentra ajeno a la conciencia nacional,

habrá quien piense que deben aplicarse a nuestros territorios las fórmulas y procesos que vimos fracasar redondamente en otras partes; y otros, tal vez sin tan malas intenciones, revelan alguna ansiedad por aprovechar este caso nacional—el gran problema de la Patria portuguesa de nuestro tiempo—para ver si les es posible producir allí agitaciones o mudanzas políticas de su agrado. Noto la gran desproporción entre los fines y los medios. Sin embargo, sea cual fuere la evolución de los problemas internos, la Nación es una herencia sagrada y su integridad no podrá ser sacrificada a odios, compromisos, ambiciones insatisfechas. Y ¿para qué?, ¡Dios mío! ¡Es tan fácil ser gobierno y tan difícil gobernar!

ANTONIO DE OLIVEIRA SALAZAR.

Presidente del Consejo de Ministros de Portugal